

Por los prestigios gallegos

Voto por Eugenio Montes

Por ALVARO DE LAS CASAS

En estos hondos silencios intelectuales de nuestra Galicia, Victor de la Serna dió un trompetazo como para conmovier a las piedras: en estas mismas columnas, y como asistiéndose de nuestra fuerte y jamás desmentida camaradería, pide al jefe del Gobierno para Eugenio Montes la dirección de la Academia de Bellas Artes que España tiene en Roma, en los jardines del Janículo. Y lo que es yo, por mi parte, aquí estoy pluma en ristre y frente alta a sostener en público palenque la propuesta.

Soy amigo personal, y entrañable, de Eugenio Montes desde nuestros alegres y orensanos días de la escuela. Políticamente no me ha interesado gran cosa su camino, lo veo cada vez más lejos de mí y, o mucho habrían de cambiar las cosas, o yo no le concedería mi voto jamás. Literariamente, y afectos aparte, Montes ha ido creciendo para mí en proporciones tales que hoy lo reputo el primer escritor de España. No se me dirá que ando con medias tintas.

Montes—para éste, aquél y el de más allá—es el joven y docto catedrático de Filosofía, y el escritor preciosista y sutil unas veces y conmovedoramente humano otras, y el gran viajero de París, Londres, Berlín, Lisboa, Varsovia y Praga, y el crítico magnífico de las mejores horas de la "Revista de Occidente", y el condecorado de los públicos más purificados, y el periodista de las jornadas más dramáticas de nuestra Europa de hoy, y el gran animador de toda una escuela literaria. Para mí, y para muchos que

están en mi caso, Eugenio Montes es mucho más: es el camarada de los primeros tiempos de "Nós", el restaurador del Orense neo-clásico que muy pocos aciertan a ver, el poeta de "Versos a tres cás o neto", el ensayista de "Estética de muíñeira"; es aquel rapaz largo y afilado, en vueltas como una columna salomónica, que un día, en la hoguera de Risco, Otero, Rodríguez Sanjurjo, Lamas, Blanco Amor, Cuevillas y tantos más, quemó las últimas telarañas e hizo el magosto más inclito de todos nuestros sanmartines. Montes anda desde entonces—y era cuando rompían los gallos del ritmo el albor de su mocedad—lleno, todo lleno de galleguidad; lo sé yo que de su brazo canté regueifas por los corsos y oí sus triadas céltigas en el embrujo adorable de Villa Borghesi. ¿Cómo no pedir para él, aire agudo de la Lobeira por la callada solemnidad del Tiber, nuestra más grácil representación en Roma? Yo, que conozco la Academia, sé que toda Galicia estaría allí con él, bajo aquel jugoso templete del Bramante que es una antorcha más en la pomposa constelación del Lacio.

A mayor abundamiento cumple destacar que Montes sería un guía insuperable para nuestros artistas pensionados en Italia: por su cultura singularísima, por su gran capacidad de trabajo, por su conocimiento profundo de la Europa de nuestros días, por su refinada sensibilidad, por su orientación y sentido crítico, por su juventud bella, rica y audaz.

Sí, mi querido D. Manuel Portela Valladares, gallego de vieja casta, espejo de las más finas sensibilidades, gran liberal al modo de Inglaterra—y se lo digo yo, amigo de tantos años, que ni le debo nada, ni le pedí nada, ni nada espero de usted—, en sus manos está consagrar a este joven maestro gallego que como yo, y tantos y tantos más, en su periódico hizo aprendizaje. Otrora se impuso usted la ingrata tarea de examinar de ingreso; no desdén hoy la más grata de invertir doctorados.